

Una muerte demasiado ruidosa

Zoológico humano

RICARDO SILVA ROMERO

Alfaguara, Bogotá, 2021, 616 pp.

HAY LIBROS intimidantes no solo por sus temas o su título, sino también por su peso y su extensión. Objetos inasibles, casi intocables, cuyo destino busca sus pares o semejantes, aquellos animales feroces que los devoren como lectores ideales, seres que mueran al menos ocho veces, como los ocho protagonistas de esta novela, antes de sacar la nariz del agua para volver a la vida, a la escansión, a la posesión de la voz y del relato.

Zoológico humano, la última novela del escritor bogotano Ricardo Silva Romero entra en esta categoría, un ambicioso libro que sobrepasa las seiscientas páginas y se suma al caudal de su obra. Así continúa Ricardo Silva su tenaz labor en progresión aritmética: tres libros infantiles y juveniles, un par de libros de cuentos, dos libros de poesía, dos de ensayo, una biografía y, ¡oh Dios!, el autor nos burla porque no alcanza a llegar al cero, al grado cero de la escritura, en progresión decreciente, pues, *a contrario sensu*, con este libro contamos alrededor de quince novelas. Como se observa, es posible que Silva prefiera los números naturales, sin el cero, a los números enteros, pero tampoco estemos tan seguros: en esta novela, lo mismo que los números negativos se transforman en positivos mediante operaciones mágicas, los muertos vuelven a la vida a través de la voz de un personaje llamado Simón Hernández.

Semejante a un ventrílocuo, a un poseso que abre y cierra los ojos con la caprichosa alternancia de la muerte, Simón, en medio de aquel parpadeo y de aquel hiato, de aquella barra de compás que marca los cambios de tempo y las peripecias de su identidad, nos muestra las aventuras de los personajes que encarna.

De este modo, la novela de Silva narra la vida de ocho personajes que viven en ocho tiempos y ocho espacios, en ocho culturas y momentos de la historia. La vida de una monja en la Tunja del siglo xvii. La vida de Bruno Berg, un soldado alemán que combate en la

Primera Guerra Mundial. Quizá como guiño del autor al escritor Maurice Leblanc, narra algo de la vida de Muriel Leblanc, una mujer de Chambéry, de “belleza extraña”, que trabaja con Alejandro Dumas y que Victor Hugo definió como “un verdugo involuntario” (p. 48). Narra la vida de Li Chen, una profesora china que aspira a redimir la humanidad en un futuro caído en manos de las máquinas alrededor del año 2050, y que en su trayecto está llena de libros y de historias de la literatura, dejando casi en pañales a la misma Scheherazade. Y allí Simón, su narrador, menos pródigo que avaro al sustraer palabras a la experiencia de la muerte, en una suerte de *name-dropping*, hacia el final se toma unas cuatro páginas con numerosos libros y autores; gente como Shakespeare, Dickens, Proust, Twain, Salinger, Flaubert, Dostoievski, Henry James, Hamsun, Homero, Tolstói, Camus, Virginia Woolf, Melville, etc. Entre los personajes también aparece una chica rockera que vive en los años ochenta, recreando atmósferas y tópicos reconocibles para ciertos lectores. Y en ciertas instancias históricas se narra la perplejidad y la turbación de un astronauta en su primer viaje a la luna. El principio del libro es la narración y el perfil de un sepulturero en la Portugal que vive el terremoto y la destrucción de Lisboa en 1755. Casi todos estos personajes comparten la categoría de ser arquetipos del tarot.

Por otra parte, esta novela de Silva quizá aspira a ser totalizante. Y por su “tema”, la muerte totalizante y niveladora, *El libro tibetano de los muertos* tiene cierto protagonismo, lo mismo que el *Cándido* de Voltaire o *Vida y muerte de la venerable madre sor Lorenza de la Cabrera y Téllez*, este último un título que parece una invención del autor. Pero el libro se obstina en caer en ese insoportable *name-dropping*, que tantas veces sobra y que termina siendo una medida de emergencia para hablar de algo más, sin establecer verdaderas relaciones intertextuales o hipertextuales.

Sin embargo, más allá de que uno de los modos de hablar sobre la muerte sea afirmar la vida mediante la proliferación del lenguaje y la narración, con múltiples voces y monólogos, parece difícil comprender el modo en que una novela de más de seiscientas páginas

medita sobre la muerte, sin buscar la generación de una forma, sabiendo que la muerte podría ser el hecho, el elemento más formal de nuestra vida, aquello que cierra y lo sella todo. Es decir, Silva opta por el procedimiento de la adición, casi en bruto, y parece descartar un procedimiento inverso, por sustracción y ausencia, allí donde reina el silencio y todas sus formas retóricas, incluyendo cosas curiosas como la teología negativa medieval. ¿Cómo es que Silva no pensó en la forma que genera la palabra, el lenguaje y sus fisuras? ¿Cómo olvidó el espacio que existe entre las palabras? ¿Y cómo no recordó que una de las premisas de la literatura es la capacidad para filtrar y seleccionar el magma de “lo real”, con su río inconmensurable?

Y aunque es verdad que esta novela ambiciona abarcar una variedad de temas contemporáneos, comenzando por la muerte, o por su perspectiva de la inteligencia artificial versus la naturaleza y el misticismo, Silva se queda muy corto en diversos estratos. Su insistencia en armar una novela con ocho personajes en distintas épocas y lugares, acaso en procura de una variedad de estilos para complacer lecturas y públicos diferentes, es un error de cálculo que atenta contra el interés y la paciencia. Además se necesitaría mucho más dominio técnico para darle esa forma y llevar a buen puerto proyectos tan complejos.

Pero antes de terminar y de referirme a uno de los pocos atractivos de la novela, hablemos sobre el estilo de Silva. Si en libros como *Ficcionario o Cómo perderlo todo* tiene más precisión e instinto con su prosa, en *Zoológico humano* esta se pone pesada, farragosa y abstrusa, pues tanto su dicción como su prosodia y su ritmo están llenos de bordes incómodos y filosos. Es más, una prosa como la suya, con esos supuestos “defectos”, podría volverse un estilo, una “forma”, ya que el poder de la ficción con la lengua, aquella fuente común por excelencia, se transforma en literatura cuando sufre una torsión personal gobernante del gusto y del capricho, cuando individualiza esa lengua que nació para compartirse.

Por último, debemos confesar que el libro se puede leer casi con piloto automático, a modo de entretenimiento, y que una de sus ventajas es despertar la curiosidad lectora en direcciones

aparentemente intertextuales. Un ejemplo es que nos recuerda, entre otros pasajes que son llave de nuestra memoria, entre su vasto catálogo de citas y nombres, unas hermosas líneas del *Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope:

Toda la naturaleza no es sino arte desconocido para ti; / todo azar tiene un sentido que no alcanzas a ver; / toda discordia es una armonía incomprendida; / todo mal es parte del bien universal; / y, a pesar de todo orgullo, a pesar de la errática razón, / una verdad es clara: que todo lo que es está bien. (p. 40)

Y mejor pidámosle a Silva otros libros donde desconfiemos más de él y de nosotros mismos. Pues empezamos a morir cuando nacemos, como escribió Quevedo, parafraseando a Séneca y otros antiguos. Y donde también desconfiemos de todo juicio con este o cualquier otro libro, porque tal vez “toda discordia es una armonía incomprendida”, y esta novela encontrará lecturas más inocentes y felices.

Diego Castillo